

JORNADA LITERARIA

Año IV Coordinador: Nilo Palenzuela Asesor: S. de la Nuez

Nº 158

«Dual»: Herrera-Palmero

Nilo Palenzuela

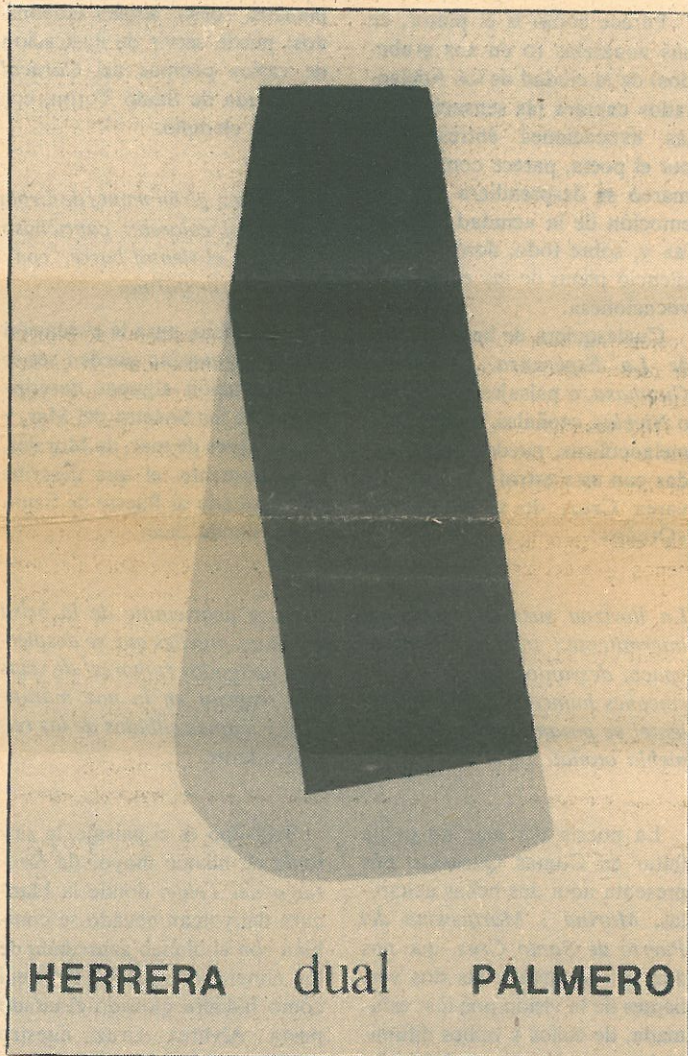
El diálogo creador de Luis Palmero y José Herrera en la reciente exposición *Dual* nos sitúa ante una pintura signica en la síntesis de una respuesta plural.

El lenguaje crece justo en el límite de la búsqueda. La opción analítica envuelve su circularidad intrínseca en el camino de apertura. La obra excluye todo nivel referencial para ahondarse en su vórtice: el *lugar mental* de la germinación. El color y las figuras geométricas postulan un universo de tensiones en el que la sistematicidad y el rigor exploran la cercanía simbólica del vacío. Un espejo insertado en la zona transmental del lenguaje devuelve signos, remite a un grado cero del discurso, inventa y produce nuestras fijeas: momento en el que la luz cintilante de las olas alcanza los más altos recipientes y las caracolas repican sobre las piedras lunares, momento en el que los peces marchan sobre el rumor de los arcos y las viejas se desnudan en el silencio. Se trata del instante en que la creación convulsiva y sincrética una relación infinita de significaciones. Roland Barthes, al remitirnos al significado inaugural de la escritura, no puede menos que adivinar una «vía a todas las sobrenaturalidades». En este límite del pensamiento y del metalenguaje se encuentran las propuestas de José Herrera y Luis Palmero.

Quiero referirme a aquella idea de Worringer, recogida por Ortega en *La deshumanización del arte*, que muestra al dibujo geométrico como respuesta a la variabilidad caótica que la naturaleza trae para el hombre primitivo.

La pérdida de la tercera dimensión supone el aislamiento del mundo visual a unidades concretas, despojadas de toda mutabilidad, convertidas en formas abstractas. Equiparable a la geometría vislumbra en el arte oriental, pero no procediendo del terror cósmico primitivo sino de una extremada sutileza mental. Las propuestas de nuestros pintores acogen estas formas aunque recorriendo el sentido opuesto.

No hacia la historia sino expulsadas de ésta. La naturaleza



radical traída por el siglo XIX, que desmiente todo vínculo entre lenguaje y realidad, la que impulsa a esta precisa opción. El arte pierde toda inocencia. El torbellino de la historia y su sentido trágico permiten al creador eliminar cualquier nivel denotativo o referencial y emprender la búsqueda del lenguaje original.

La línea analítica iniciada por Cézanne recorre diacrónicamente el arte contemporáneo.

En esta línea, Herrera y Palmero eligen una tradición específica, precisamente aquella que acoge la sutileza oriental. El diálogo abierto con Reinhardt y Malévitch es evidente. Reinhardt busca la racionalización del lenguaje pictórico en la utilización de la geometría y el color —recuérdese *Pintura* (1958)—; una de las obras expuestas por José Herrera se coloca en este mismo umbral, pero tal objetividad se convierte, en el contacto con la espiritualidad oriental, en la consideración de una no-inteli-

construye estructuras visuales que preconizan la sensibilidad pura. El pintor suprematista ruso aísla las figuras, las descubre cargadas de potencial energético, ocultando el dinamismo sinuoso y cósmico bajo la aparente quietud. En esta elección y en esta sutileza nuestros pintores descubren un espacio de investigación: un lenguaje que se quiere autónomo e infinito.

La misma presentación de obras realizadas de manera colectiva se enfrenta a este espacio de manera radical: la negación del sujeto ante el resultado del proceso creador. Una actitud

que cuenta con precedentes como la práctica surrealista del *cadáver exquisito* o la misma experiencia poética del *Renga* (2), pero que en la elección formal del pintor resultan signos de su individualidad. Algunas de las obras de José Herrera se apoyan en formas semicirculares que reciben el apoyo horizontal o ver-

te hueco de la forma semicircular, aquel recorrido lineal que lleva a un nuevo encuentro: a la repetición arquetípica. Las fuer-

zas de la razón y la *simpatía* del vacío se ofrecen aquí a la contingencia. Luis Palmero, al contrario, continúa la concreción de

una poética de la verticalidad que se detiene con frecuencia en un punto único, a partir del que extiende su universo signico.

Una de sus obras es fiel exponente de esto. Dos piezas ocupan la pared y en su interior se despliegan amplias superficies doradas. Dos franjas azules se verticalizan en los extremos.

Ambas concluyen en un vértice que las une. A la indicación paradigmática, responde la extensión horizontal. El vacío creado a partir del punto de confluencia

restituye una unidad formal, pero también la vía a todas las sobrenaturalidades.

La formalización del lenguaje muestra ciertamente la imposibilidad de anular toda referencia

al sujeto; sin embargo, este diálogo múltiple de Luis Palmero y José Herrera muestra unas propuestas coherentes que saben

elegir el lugar preciso de una tradición y las dificultades que encierra.

1. Véase Filiberto Mena, *La opción analítica en el arte moderno*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1977, p. 77.

2. «Renga» es una forma japonesa de poesía en la que colaboran varios poetas para escribir un poema. Esta experiencia fue realizada en Occidente por Octavio Paz, Jacques Roubaud, Charles Tomlinson y Eduardo

Sanguinetti con dos variantes esenciales: se eligió el soneto como vehículo formal de la com-

El humo del libro

José María Millares

¿Cómo negarle al humo las páginas amadas de tu cuerpo, tu casa, letra a letra construida, tus signos enlutados, diminutos, compuestos por la magia de las manos, por la luz de la tinta y la flor de los sueños?

Palabras y palabras rodando hacia el abismo del amor, hoja por hoja abriéndonos los ojos que tanto hemos soñado, luminosas praderas donde juntos aprendimos a ser, en paz, rosa del pueblo, sedienta libertad de nuestros días, del humo que acaricio, del libro que se abre y nos enseña su voz, su humilde llama, sus redes, su abanico, su plaza ovacionada por las olas del mar de las imprentas que los cielos editan para vernos unidos, como siempre, a la verdad, al aire agricultor de la poesía que amamos en silencio, como el humo del libro que tejemos con la luz de las páginas que a voces nos relatan su memoria hecha carne de la vida, su amoroso galope hacia el recuerdo, donde un día supimos, rodando hacia los cielos, de su fiel amistad, del diálogo sonoro, donde el amor, ropaje de las horas, creciendo está en los campos, encendiendo la piel de la lectura, colmando de palomas nuestros sueños.

¿Cómo negarle al humo del libro nuestro amor si en sus hojas crecimos aprendiendo a ser palabra viva, a soñar, signo a signo, unidos por su luz, a diluviar el amor a los seres y a las cosas?